

RECENSIONES

REVIEWS-REZENSIONEN

Giuseppe CAPOGRASSI, *La experiencia común*, edición y traducción de Ana LLANO TORRES, Prólogo de Miguel GARCÍA-BARÓ, Madrid, Encuentro, 2020, 232 pp. <https://dx.doi.org/10.5209/foro.74042>.

Giuseppe Capograssi fue un eminente jurista italiano de esa vieja estirpe que sabía combinar el pensamiento con la experiencia, la elevación con la concreción, y que cultivaba en su interior un alma poética y vibrante. De ese tronco nacieron algunas de las mejores obras del pensamiento italiano de la primera década del siglo xx. Una época marcada por dos guerras mundiales, una Italia protagonista de ambas y que, en su interior, las vivió de un modo especialmente dramático. Apenas asimilada la Gran Guerra, cuando cada familia italiana todavía tenía alguien a quien llorar, llegaron a los hogares las cartas de reclutamiento para otra guerra que solo algunos pocos se habían tomado en serio. La Segunda Guerra Mundial fue para Italia la experiencia de un desgarró, el fracaso de una fe puesta en el mesianismo político de un fascismo que prometía más ilusión que esperanza, y el conflicto entre una dicotomía que solo se puede presentar como alternativa en el mundo

de las ideas abstractas: optar por la moral o por la justicia, por la Iglesia o el Partido, por la Democracia Cristiana o el Partido Comunista. Capograssi murió prematuramente en 1956, recién nombrado miembro de la *Corte Costituzionale*, y no pudo vivir las últimas consecuencias de las fracturas culturales de su país, y de la Europa de posguerra en general, pero sí que pudo preparar intelectualmente a sus compatriotas para la reconstrucción.

Fellini, Rosellini, De Sica y otros tantos genios del neorrealismo italiano reflejaron en su cine a una Italia desmoralizada y, en algunos casos, la imagen más adecuada para sus relatos era la de una prostituta. Una mujer sin principios morales vendida a los intereses de unos u otros, pero también una mujer inocente y auténtica que sufría por su naturaleza más que por la hipocresía de los grandes hombres del momento. Una humanidad dañada que era capaz de vencer, paradójicamente, a las ideologías más fuertes. Niños huérfanos, prostitutas,

y largos horizontes señalados por vías de tren, caminos polvorientos o puertos de mar nauseabundos, retrataban una esperanza que ya no podía recaer ni en las propias fuerzas ni en las ideologías hipócritas de unos y otros. A su vez, la imagen del vago, del pillo, o del anciano postrado en la cama, denunciaba el estado moral de la Italia de posguerra. La tradición cultural de la Democracia Cristiana, que fue una de las grandes vencedoras de la Guerra y una de las grandes perdedoras en la batalla ideológica, prontamente vencida por el Comunismo y su promesa de justicia universal, bebía de los pozos secos del siglo XIX. La renovación del pensamiento tradicional, que se configuró como caballo de Troya para vencer a un idealismo que se presentaba como un enemigo imbatible, refundó el pensamiento católico en una filosofía aristotélico-tomista que afirmaba con rotundidad el objetivismo. Si la amenaza del idealismo filosófico se interpretaba por los efectos del liberalismo teológico que reducía la experiencia religiosa a una reflexión intelectual subjetiva, la reacción de la teología católica romana fue sentar las bases sobre un tomismo que no ofrecía fisuras y rogar a los sacerdotes que no se metiesen en las camisas de once varas del idealismo. Sin condenarlo, se lo apartó de los seminarios, y los nuevos sacerdotes

quedaron desprovistos de la capacidad de diálogo con el romanticismo y el posterior existencialismo. La otra vía moderna, la que recorrieron Vico, Pascal, Rosmini o Guardini, quedó apartada, o incluso condenada, como en el caso de Rosmini, y el camino marcado resultó ser cada vez más estrecho.

Capograssi fue uno de esos grandes hombres que viven en sus propias carnes las convulsiones de su época, que empatizan con los sentimientos que dan lugar a las grandes ideas, y que ofrecen respuestas adecuadas a unas preguntas que normalmente resultan desmesuradas. Toda su obra, desde su *Saggio sullo stato* (1918), sus *Riflessioni sull'autorità e la sua crisi* (1921), *La nuova democrazia diretta* (1922), o *Analisi dell'esperienza comune* (1930), escritos en el periodo de entreguerras, anticipa los problemas y ofrece soluciones adecuadas a la época y al ambiente de desolación que quedaría tras la catástrofe. Fundador de la *Unione dei giuristi cattolici italiani*, conocido y respetado católico tras haber recorrido «él personalmente el camino desde el nihilismo a la esperanza» (resalta Ana Llano, «A propósito de la edición en español de *Incertezze sull'individuo* de Capograssi» [RIFD, vol. 92, núm. 2 (2015), pp. 215-257 y 252], personaje público relevante, gran filósofo y jurista de reconocido prestigio, ofreció

un renovado aparato filosófico que buscaba restaurar la idea de experiencia. No hay que olvidar que en aquel momento en el mundo católico la experiencia, por su remisión a lo subjetivo, se vinculaba a la tradición luterana, al liberalismo teológico condenado por el *Syllabus*, y a las nuevas corrientes transgresoras.

Como sostiene la profesora Llano Torres en su estudio preliminar a *La lucha por el individuo común, anónimo y estadístico. Textos escogidos de Giuseppe Capograssi* (CEPC, 11 2016), «volver la mirada a este gran jurista, filósofo y escritor» significa confrontarse «con un filósofo de la política, cuya obra comenzó y terminó con trabajos sobre el Estado artífice del *fiat aequalitas*, con un firme defensor del individuo común protagonista del mundo histórico, a cuyo servicio concebía el Estado, y con un claro adalid de las sociedades intermedias como factores clave en una democracia real, pero sobre todo con un hombre que, en las antípodas de esa pasividad carente de ímpetu ideal que Octavio Paz achacaba a los europeos de la segunda mitad del siglo XX, vivió y pensó su tiempo y que constituye, por ello, un referente obligado para su comprensión».

En *La experiencia común* (1930) Capograssi continúa con la obra titánica que en aquella época prácticamente nadie tuvo la osadía de

realizar y que, en nuestros días aun está por asimilar. La traducción católica del idealismo, la comprensión de las preguntas que planteó, la elaboración de la idea de experiencia, la historicidad del hombre, la inteligencia poética o el drama de la existencia, tardaron mucho tiempo en penetrar a través de los gruesos muros neoescolásticos, y fue obra de grandes hombres de la filosofía. La tarea no resultaba sencilla porque el peligro real de derribar los diques y desbordar el cauce de la tradición era enorme. Fichte lo intentó con Kant y, al llevarlo a la praxis política, lo convirtió en agitación y activismo. En efecto, no era tarea fácil y Capograssi tuvo el mérito de saber bucear en esa tradición, no ahogarse en las procelosas aguas del idealismo y, sobre todo, saber extraer las consecuencias éticas, jurídicas y políticas de aquel camino que señalaron Pascal, Vico o Rosmini.

¿Qué podía aprender el hombre de la catástrofe? ¿Por qué pertenecer al Estado y qué valor tienen las normas jurídicas? ¿De dónde nace la esperanza? ¿Y qué significado tiene el profundo dolor de la experiencia colectiva de la muerte y la destrucción? Las ideas ya no ofrecían refugio para los hombres desencantados y la vida se presentaba como un medio hostil del que había que huir. Capograssi recogió con osadía esas preguntas en

La experiencia común y, a través de un recorrido ético por los grandes temas de la conciencia, la voluntad, la acción, el mal, la libertad y la religión, contribuyó a reconstruir un edificio habitable para los individuos posmodernos, que viven en la «encrucijada viquiana-pascaliana entre la oscuridad y el deseo de luz, entre la desesperación y la petición de auxilio, entre el suicidio y la oración» [Ana Llano, «A propósito de la edición en español de *Incertezze sull'individuo* de Capograssi», *RIFD*, vol. 92, núm. 2 (2015), pp. 215-257 y 252].

La responsabilidad del pensamiento para Capograssi, según recuerda Ana Llano, es «tratar de conocer la vida en la que vive». Este fue, de algún modo, el programa de toda su vida: observar con atención la experiencia humana histórica, para tratar de comprender su sentido, su dirección» [«A propósito de la edición en español de *Incertezze sull'individuo...*», *op. cit.*, pp. 215-257 y 254-255].

¿Nos puede llevar la vida, en su concreción e imperfección temporal, a la salvación o, más bien la experiencia ética nos lleva a una sublimación de la experiencia? «La vida —decía el autor— considerada en sí misma, es inagotable». Pero la vida puede ser entendida como pensamiento o como «vida realmente vida y realmente absoluta». Para llegar a una conclu-

sión sobre esta delicada cuestión la vida no nos ahorra el camino. Este es el valor de las instituciones, de la experiencia jurídica, del contrato, la propiedad, el matrimonio o el Estado, porque fijan nuestra acción y le dan el valor que ni siquiera el propio sujeto agente es capaz de darle. La acción nos inserta en una vida que es más grande que el actor, que le supera en la relación con los demás, en su fin absoluto y en su infinitud. Es un camino que nos hace pasar por la experiencia de insatisfacción, de falta de plenitud y de cansancio. No se salta la imperfección de nuestras acciones, el mal que reside en cada individuo y en las instituciones, pero lo hace para introducirnos en el misterio del que habla cada una de las vidas éticamente vividas. La vida, en su finitud, «se vive precisamente con la fe de la vida y la experiencia se construye y organiza precisamente con la esperanza de que la vida se cumplirá». Y en ese impulso que nos da la vida encontramos que en el individuo también reside una misteriosa sed de perfección, un deseo infinito y un inexplicable vacío que nos hace llegar a la madurez ética. «Este impulso del corazón no es hacia la nada, ni tampoco hacia el viviente finito o hacia el placer finito, y sin embargo existe, provoca un dolor vago en el alma y guía al alma hacia un término invisible». Con el reconocimiento de un deseo que no

somos capaces de cumplir, y con la certeza de que todo lo que vive debe permanecer, el alma se dispone a morir a sí misma para ponerse en manos de la misericordia y así realizar, por fin, su mayor acto de libertad, el fin ético de toda acción humana.

La filosofía de Capograssi es una filosofía para la posmodernidad, un pensamiento que abraza

la experiencia individual, el dolor y el fracaso para llevarlos hasta sus últimas consecuencias, hasta el punto en que la muerte se convierte, puede convertirse, en experiencia de salvación.

Armando ZEROLO DURÁN
Profesor Adjunto
de Filosofía del Derecho
Universidad San Pablo-CEU.
Campus Moncloa. Madrid

José Luis PARDO, *Estudios del malestar. Políticas de la autenticidad en las sociedades contemporáneas*, Barcelona, Anagrama, Colección Argumentos, 44.º Premio Anagrama de Ensayo, 2016, 296 pp. <https://dx.doi.org/10.5209/foro.74043>.

José Luis Pardo ha escrito una obra fundamental para entender qué nos pasa. Hablamos de un filósofo comprometido con la democracia liberal del bienestar que no tiene miedo ni reparo en situarse en las antípodas de filósofos de moda que están muy por debajo de su sistema de pensamiento, como el ínclito Slavoj Žižek¹.

Nuestro autor evalúa los rendimientos que ha dado el Estado del

Bienestar desde una óptica ecuánime y cercana a la socialdemocracia². Intenta explicar el asedio al que se ve sometido, desde un punto de vista crítico, utilizando para ello el análisis del arte, las tendencias filosóficas clásicas y modernas, y abundantes dosis de Historia. La idea que late al fondo de su tesis es que hay un intento por recuperar la autenticidad de la política, por propuestas que pretenden superar el

¹ Vid. A. ADSUARA, *Žižek, qué fácil lo tienes. Panfleto contra el intelectual del hoy*, Madrid, Sequitur, 2020.

² Desde sensibilidades más o menos próximas y con los matices que deban hacerse debidos a las disciplinas científicas a las que pertenecen sus autores, pueden verse los trabajos de D. RUNCIMAN, *Así termina la democracia*, Barcelona, Paidós, 2019; Y. MOUNK, *El pueblo contra la democracia*, Barcelona, Paidós, 2019; D. ZIBLATT y S. LEVITSKY, *Cómo mueren las democracias*, Barcelona, Ariel, 2018; J. KEANE, *Vida y muerte de la democracia*, México, Fondo de Cultura Económica, 2018. En España resultan especialmente lúcidos los análisis de F. OVEJERO, *La deriva de la izquierda reaccionaria*, Madrid, Página Indómita, 2018, e ÍD., *Sobrevivir al naufragio*, Madrid, Página Indómita, 2020.